

# La población pehuenche de la cordillera chilena en tiempos de la dominación española (1)

*Eduardo Téllez Lúgaro.*

Salvo la vaga alusión que Mariño de Lobera hizo de los “innumerables” recolectores de pehuenes que imperaban en la zona boscosa del piedemonte oriental de los Andes, confinante con la latitud de Angól, ninguno de los cronistas coloniales se abocó a establecer la población pehuenche. En lo que a esto se refiere, aún los mejores anales de los siglos XVI y XVII no han legado otra cosa que penumbras. Incluso las pocas semblanzas etnográficas y algunos de los áridos informes administrativos que en el siglo XVIII trataron el tema con mayor acierto, están plagados de lagunas. Mas, en ausencia de padrones coloniales exhaustivos, sólo queda acudir al puñado de datos censales acopiados en el transcurso de esta última centuria.

Al igual como sucede con la mayoría de las matrículas tocantes a poblaciones aborígenes, los escasos recuentos de población pehuenche que sobrevivieron al tiempo, son incompletos o pocos fiables. Las cortas reseñas que el Maestre de Campo Jerónimo Pietas, brindó acerca de los distritos pehuenches de la cordillera Real, parecen compartir ese destino. El primer informe etnográfico trazado por éste (1719), consigna una población autóctona que, en números redondos, llegaba a las 3.000 almas (2). Diez años después, el mismo Pietas, haciendo gala de una precisión que sugiere la consulta de algún censo de indios, rebajó la cifra a 2.780 individuos (3). Estos contrasentidos no son únicos: si el informe primigenio fijó en 22 el número de entidades pehuenches, el segundo las redujo a 19 (4). Nada dice Pietas respecto de las razones que justifican esa merma; tampoco da cuenta si los 220 indígenas faltantes en 1729, pertenecían a las dos reducciones segregadas en la semblanza compuesta en este último año. Por lo demás, las dos numeraciones efectuadas por Pietas resultan poco fidedignas, en vista de los mezquinos lindes geográficos que asignó a la nación andina. Los 3.000 aborígenes de 1719 o los 2.780 de un decenio más tarde, pertenecían a las “provincias” o “reducciones” serranas comprendidas desde el río Laja a Nahuelhuapi (5). Del recuento de 1729 fueron descartadas las partidas pehuenches

desperdigadas entre los 34º y 38º; en consecuencia, ignoró las parcialidades que incursionaban estacionalmente en los valles interandinos de Tinguiririca, El Planchón, Curicó o San Fernando (6). Otro tanto hizo con las entidades dispersas entre la vertiente oriental andina y las planicies rioplatenses. En tal sentido, los retoques que en 1775, el corregidor de Chillán, Diego Freire de Andrade, asistido por un cónclave de expertos, hizo a la primera reseña escrita por Pietas no son desdeñables. Freire de Andrade, mediante una nota estampada al margen, precisó que los censos misionales por esa fecha disponibles, referían la existencia de una población pehuenche superior a las 5.000 almas (7). La rectificación del corregidor chillanejo dejó sin aclarar si esa cantidad comprendía exclusivamente a las huestes andinas residentes al interior de los límites trazados por Pietas. Probablemente, Freire pensaba en la población desperdigada por ambas vertientes cordilleranas. Con certeza, circunscribió su estimación a las parcialidades conocidas por los misioneros católicos y no a las incontables facciones de “infielos” que procuraban eludir la prédica evangelizadora.

Antecedentes más caudalosos otorga la nómina estadística que en noviembre de 1796 se confeccionó en la plaza de Los Ángeles, con el designio de cuantificar la población residente en los 4 Butalmapus indígenas, conforme a “las observaciones del Lengua General, Capitán de Amigos, Don Pedro Nolasco del Río y otros sujetos de inteligencia” (8).

La matrícula concerniente al “Butalmapu de Pehuenches”, que asignó a éste una decena de aillarehues, 19 caciques y 10.188 habitantes, dispersos en 29 parcialidades, abunda en lagunas y yerros. Por de pronto, ha sido necesario corregir varios de los totales en nómina, visto que los mismos empadronadores o los amanuenses que sacaron duplicados del informe censal, no pusieron demasiado encomio en las sumas; así, las cantidades que aparecen al pie de la columna vertical, concerniente a mujeres “grandes”, tanto como las que figuran en la base de las columnas relativas a los “párvulos” de ambos sexos deben rectificarse (9). Las sumas horizontales son particularmente negligentes: en la práctica, ninguna de las diez cantidades que figuran en la columna en que constan los totales de población de cada aillarehue es precisa. Hechas las debidas correcciones, la cifra general de población pehuenche asciende a 10.321 habitantes. Desde luego, procedimiento similar han merecido muchos de los guarismos consignados en el resumen general de la población residente en los cuatro butalmapus indios. Con las correspondientes enmiendas, la cifra total de los aborígenes de ambos sexos, distribuidos en los 39 aillarehues indagados,

alcanzaría a 94.43 habitantes, de los cuales casi un 11% corresponde a los indígenas de extracción pehuenche (10).

Los 10.32 indios que componían la población de los 10 aillarehues andinos, estaban lejos de configurar la población pehuenche integral. A semejanza de lo efectuado por Pietas en su momento, los hombres que elaboraron la matrícula del 96, segregaron del recuento a una subida proporción de parcialidades pehuenches. Así sucedió con el aillarehue establecido en los faldeos levantinos de la cordillera, aproximadamente en los 34°59', regido por los caciques Pituntul y Aucal que mandaban sobre más de 200 indios de lanza (11). La relación del capitán Nolasco y otros excluyó de la nómina a los pehuenches que por el lado oriental de los Andes mantenían sus tolderías entre el 37°20' y el 37°40'. Otro tanto ocurrió con las parcialidades sitas al norte de Santa Bárbara, las cuales incursionaban esporádicamente en los valles intercordileranos lindantes con el partido de San Fernando (12). Un apreciable número de las parcialidades serranas del mediodía corrieron suerte parecida, considerando que únicamente entraron en el censo los cuatro aillarehues situados hasta 39 leguas al sur de la frontera. Muchas de las agrupaciones pehuenches que por entonces imperaban sobre una buena porción de la cordillera de Valdivia y Osorno quedaron al margen de toda estimación (13).

La cifra final de población general no es menos discutible si en ella se pretendió englobar únicamente población pehuenche genuina. En efecto, muchas parcialidades o destacamentos serranos, de distinta extracción étnica, solían convivir pasajeramente y, aún, concertarse a fin de ejecutar expediciones bélicas conjuntas. Refiere Pietas que entre los puelches cada parcialidad "tiene alianza y parentesco con otra de los Pehuenches, y por esto asisten a espaldas la una parcialidad de la otra y por esto la llaman a toda en general la tierra de los Pehuenches" (14). La probabilidad que en tales circunstancias los testigos europeos hayan incurrido en percepciones aberrantes es alta. Muchos rasgos etnográficos, así como ciertos atributos somáticos comunes a las etnias serranas, las tornaban fácilmente confundibles. Puelches y pehuenches se insertaban además en el mismo segmento espacial, esto es desde el río Laja a Nahuelhuapi, aunque sin amalgamarse cultural ni territorialmente (15). Más de una vez se animaron a incursionar asociadamente en las jurisdicciones de Cuyo y San Juan. Cuando en 1658 emprendieron una de aquellas empresas, los mandos provinciales del área cuyana no lograron diferenciar a los pehuenches de los puelches, no obstante haber gastado varias horas parlamentando con ellos en sus propias tolderías (16). De episodios como éste pudo derivar alguna distorsión involuntaria de

las cifras de población. Asombra, en verdad, la crecida masa de guerreros que según las relaciones hispanas un cacique carismático lograba convocar. Los expedicionarios ibéricos que en 1756 alcanzaron la toldeía del cacique Nauquel a orillas del Liacura, luego de internarse por la serranía de Pidriadrén encontraron hasta 200 mocetones de lanza sólo en este paraje. Ese mismo contingente portando “lanzas, sables, cotas de malla, petos, coletos y demás arneses” sirvió de séquito a los exploradores que, a poco continuaron su penetración hasta alcanzar la vega de Nonquén. Durante los ocho días que permanecieron acampados allí, llegaron a congregarse hasta 600 pehuenches (17).

Al cacique Pichicolimilla, a su vez, se le atribuyó mando sobre 300 indios de lanza del distrito de Cuyo, sindicados como pehuenches (18).

Por cuanto estos guarismos se refieren exclusivamente a hombres de lanza, cabe suponer la existencia de agrupaciones sumamente populosas habitando estas comarcas. Ciertamente, factores como el parentesco interétnico, las alianzas militares, la cooperación económica o la simple cercanía física de otras naciones andinas, permiten dudar, cuando menos, de la exclusiva filiación pehuenche de estas entidades. La propensión de los informantes castellanos a abultar las cifras de población nativa pudo, además, tener su parte en dichas apreciaciones. Razones para sospechar abundan; un ejemplo patente proporciona el pehuenche Aucán, jefe regional “fuerte” a quien en 1767 se le atribuía mando sobre unas 600 lanzas. De ese contingente, sin embargo, un tercio correspondía a indios puelches y “aucas”, según la clasificación etnográfica en boga por esos años (19). Una situación similar se vivía, tal vez, en el ejército que en 1767 levantara el cacique pehuenche Peguipil que, al decir del Maestre de Campo Salvador Cabrito, no bajaba de 1.000 lanzas (20).

Por otra parte, pocos son los testimonios que aluden a la composición interna de las parcialidades pehuenches; los que han sobrevivido contienen más enigmas que respuestas. En una licencia de hospedaje que las autoridades hispanas de Chile expidieron en 1794, en favor de dos caciques pehuenches a los que se autorizó a residir temporalmente en el distrito de Las Lagunas, consta que ambos se hacían acompañar de “sus familias, mocetones y demás indios de su parcialidad” (21).

Es difícil colegir el sentido exacto que puede tener la referencia a los “demás indios”. ¿Se alude quizá a componentes ajenos a la etnia? Es preciso no olvidar las inserciones eventuales de contingentes pertenecientes a otras naciones andinas. Solía suceder que junto a los pehuenches genuinos figurara una proporción indeterminada de mujeres y niños de diversa extracción étnica, compuesto mayoritariamente por indios y mestizos andinos de ambos sexos, cogidos como botín en el curso de expediciones de guerra. Únicamente los hispanos que visitaron la misión de Rucalcahue, en 1758, contabilizaron más de 100 rehenes capturados por los pehuenches en una sola batida sobre las tolderías “beliches”(22). Una parte de los prisioneros estaba usualmente constituida por elementos extraserranos arrebatados a los castellanos o a los indios de los llanos mediante el malón. Aquellos que no eran vendidos a los traficantes blancos, fungían como “sirvientes” o se donaban como presente a mocetones y caciques de otras parcialidades o naciones cordilleranas. Las hembras más jóvenes y los muchachos más tiernos con frecuencia terminaban asimilándose a la familia del raptor mediante el concubinato o la adopción. Los peninsulares y criollos que alguna vez cruzaron los umbrales de los toldos pehuenches, quedaron sobrecogidos ante la visión de la elevada masa de cautivos albergados en ellos. No es extraño que casi al finalizar la dominación hispana en Chile el alcalde De la Cruz encontrara dispersos en las tolderías de Antuco a un número impreciso de cautivos ajenos a la etnia. Varios de ellos se encontraban asimilados a una familia poliginia; otros, en cambio, permanecían en condición de “sirvientes”, por llamarlos de algún modo (23).

Ciertos cronistas parangonaron la situación de este estrato con la que sobrellevaba el esclavo común en las posesiones españolas; asociación ciertamente antojadiza cuando se refiere a la sociedad pehuenche que desconoció la esclavitud en su faz institucional. El “esclavo” pehuenche, en alguna medida, podía recuperar su libertad, gozando, en tanto permaneciera en cautiverio, de algunas regalías. Por lo común, no padecía un trato excesivamente cruel; incluso más de alguno llegó a incorporarse definitivamente a una parcialidad como miembro legítimo.

Pero la nómina de 1796 contiene algo más que meras erratas: también propone misterios. De todos éstos, el más apremiante se refiere a los criterios seguidos para encasillar a la entidad empadronada en la trilogía “indios grandes, adultos y párvulos”. Ninguno de los peritos que intervinieron en el censo dio cuenta del papel que en la edificación de esta clasificación se asignó a los rangos de edad. El deslinde que separa a un sector del otro resulta, en consecuencia, imprecisable. Osvaldo Silva advierte una estrecha correlación entre la nomenclatura adoptada por

la matrícula de indios de 1796 con aquella que solía emplearse en ciertos padrones levantados en el Perú virreinal, los cuales ponían el acento en la condición marital, a la hora de desglosar o sectorizar a las comunidades censadas (24). En la categoría “adultos”, opina Silva, se habrían alistado los aborígenes casados de ambos sexos, tanto como en la de “indios grandes”, nativos solteros, en edad de formar sociedad conyugal. El componente masculino de este espectro estaría representado esencialmente por hombres en situación de cargar armas. El rango de edad del estrato infantil adscrito a la categoría “párvulos” es, de momento, indescifrable.

Hombres y mujeres “grandes” comprendían a 4.963 personas; en tanto, los “adultos” de ambos sexos alcanzaban a 2.887 y a 2.452 los “párvulos”. Considerando que las más de las veces los peninsulares otorgaban el título de cacique a los más viejos o a los mayores de cada linaje, parece menos riesgoso sumar los 19 caciques consignados en nómina, al cociente que figura al pie de la columna reservada a los varones “adultos”, adición que elevaría a este grupo a 1.003 aborígenes.

Un corte sectorial trasluciría la ostensible prioridad del conglomerado indígena encasillado en la categoría de indios grandes (48% de la población total). Los dos estratos indígenas representados en las categorías correspondientes a adultos y párvulos, muestran una distancia menos desmesurada, entre 28% y 24%, respectivamente. Poco más de un cuarto de la población pehuenche enumerada conformaría el contingente indígena reducido al estado marital. Con todo, un apreciable espectro de adultos, según parece mayoritariamente joven, equivalente a casi la mitad de la población general, habría provisto de una fuente potencial para la concertación de nuevas uniones conyugales. La proporción de hombres casados respecto a la población masculina integral bordeaba el 28%; la de las mujeres en igual situación se empinaba muy levemente sobre este porcentaje, en lo que dice al contingente femenino total. Sin embargo, el volumen de mujeres casadas era notoriamente más cuantioso que el de su contraparte masculina. Aquéllas casi doblaban a los últimos, desnivel demasiado sugerente en un contexto social en el que las uniones poligínicas constituyeron una de las formas ampliadas que adoptó la familia nuclear.

La hegemonía femenina era, en verdad, incontestable. Las 6.736 mujeres, de todas las edades, hacen palidecer la cifra de 3.585 varones. Prácticamente, en ninguna de las 29 parcialidades pehuenches indagadas, los efectivos masculinos equiparaban o superaban matemáticamente a los femeninos. Basta dar una somera ojeada a la razón estadística en cuestión, para formarse una idea fidedigna de la desmesurada brecha que distanciaba a los dos sexos. Sectorialmente delimitados,

los porcentajes se muestran tan abrumadores como constantes. En el conglomerado de indios grandes las hembras conforman aproximadamente un 66%, contra un 34% de los indios varones. En el de adultos la relación es prácticamente idéntica. En tanto, entre los párvulos los porcentajes no varían en demasía: 63,3% para las mujeres, 36,7% para los hombres. La proporcionalidad entre ambos sexos exhibe una disparidad tan elocuente como la que prima de sector en sector: casi dos tercios de la población global corresponden a mujeres de toda edad y condición.

Una prioridad tan ostensible del estamento femenino, pudo traducirse en la disponibilidad de una vertiente productiva de primer orden. Si bien entre los pehuenches la poliginia fue una prerrogativa del hombre pudiente, en cada unidad monogámica la mujer protagonizó roles tanto o más vitales que el común de los maridos. Una esposa adulta se bastaba a sí misma para llevar el gobierno hogareño, atender la nutrición familiar, tejer, producir un excedente artesanal que se trocaba en las ferias de temporada, asumir ciertas tareas de recolección y, aún, participar como asistente en los malones y en las giras comerciales (25 ). Incluso, descartando a las menores, las 5.184 mujeres “grandes y adultas” alcanzaban un 50% aproximado de la población pehuenche; cifra estimable, si tenemos presente que se trataba de una mano de obra en su gran mayoría adiestrada, y de notable versatilidad en el dominio doméstico.

Asombra, por contraste, la presencia de un conglomerado masculino exiguo, el que dificultosamente se empinaba sobre el tercio. Sin contar a los párvulos, la población viril en pie de guerrear o de cumplir a cabalidad las tareas productivas tradicionales apenas superaba las 2.600 personas. Como de esa magnitud debe excluirse a los ancianos e imposibilitados, cabe suponer que menos de un cuarto de la población pehuenche conocida soportaba sobre sí empresas tan cruciales como la caza o la guerra. Tal vez de aquí nació, en parte, el creciente interés que los grandes jefes regionales manifestaron por los conciertos bilaterales que el Estado colonial propuso con insistencia a los caciques máximos, a trueque de la paz. Muchos líderes pehuenches se allanaron a aceptar las paces ofrecidas, animados en gran medida por la ferviente esperanza de procurarse asistencia y recursos bélicos del mundo blanco, que les permitieran contener las cada vez más tenaces ofensivas de los huilliches serranos. La devastación que las huestes masculinas padecieron en el curso de esas contiendas podría, hasta cierto punto, justificar la menor cuantía del estamento masculino respecto a la subida población femenina (26 ).

El empadronamiento del 96, al menos, se ejecutó en momentos en que los rastros de crisis bélicas recientes todavía se hacían notar. Mas, difícilmente la guerra podría por sí sola dar razón del agudo desequilibrio que acusan los sexos en la población pehuenche tardía. Un censo como el de 1796, parcialmente edificado sobre un cúmulo de omisiones y errores de cómputo, lleva a interrogarse si los desniveles apuntados no serían más bien la inevitable secuela de la desidia o de la poca minuciosidad de los empadronadores (27).

El informe sobre el butalmapu pehuenche mostró a sus habitantes sólidamente establecidos en ambas vertientes de la cordillera, pero con una nítida inclinación hacia la margen occidental. Allí residían unos 6.900 indios, que doblaban holgadamente a los 3.414 que lo hacían en los cuatro aillarehues del este andino. Los 6 aillarehues del poniente concentraban 14 de las 19 parcialidades contabilizadas. Pero varias de las 5 parcialidades transandinas, individualmente consideradas, se mostraban demográficamente más vigorosas que muchas de las occidentales. Un 51% de las huestes pehuenches habitaba al mediodía del Biobío, lo que equivalía a más del 76% de la población de la misma raíz étnica asentada en el oeste andino (28).

Puesto que no se trataba de entidades espacialmente estáticas, cualquier intento de tender una rigurosa línea de separación entre pehuenches orientales y occidentales resultaría artificioso. La caza, la guerra, la recolección del piñón, las expediciones comerciales veraniegas y la creciente incorporación al modo pastoril de existencia, constituían otros tantos motivos para una intensa movilidad a través de ecozonas y pisos situados en distintos límites altitudinales. El bastión serrano, lejos de originar compartimientos estancos, sirvió de cauce al continuo ir y venir de los destacamentos pehuenches entre una y otra vertiente de los Andes (29).

La distancia etnológica que separaba a las agrupaciones pehuenches censadas a fines del siglo XVIII, de aquellas que reinaran en la cordillera dos siglos antes era desmesurada. Los primeros eran ya serranos aculturados; andinos avasallados por la araucanización que ganaba incontrastablemente los valles cordilleranos, la Pampa oriental y aun el idioma de muchas de las naciones del este. Jerónimo Pietas había reparado en que la presión cultural ejercida por los llanistas era tan intensa que los pehuenches por él descritos poseían ya “la misma lengua, los mismos ritos y la misma división de provincias de los indios de la tierra” (30). La organización en aillarehues, propia del mundo mapuche, acusa las hondas brechas que el proceso de tribalización abrió, finalmente, en las estructuras sociales serranas. Con todo, y, viniendo de los peninsulares, la

alusión a los “aillarehues pehuenches” debe acogerse con cautela (31 ). Como formación tribal, el aillarehue, aún entre los mapuches, careció de consistencia estructural. El que, como forma social, encontrara algún arraigo entre los pehuenches aculturados del siglo XVIII, en nada reformuló el estado de dispersión sociopolítica en la que inmemorialmente vivieron sumidas las etnias cordilleranas. Lo mismo vale para el rótulo “butalmapu de pehuenche” que, si fue formalmente admitido por los hispanos, jamás estimuló entre los serranos el alineamiento político en torno a una instancia gubernamental centralizada. Cada aillarehue o “gobierno” indígena, como lo designaron los castellanos, se dividía en un número diverso de parcialidades que como entidad social poseían un carácter mucho más orgánico, más allá de que entre una y otra mediara una abierta disparidad demográfica.

La fragmentación sociopolítica fue dictada por la primacía de unidades territoriales cohesionadas esencialmente por el parentesco. A la cabeza de cada parcialidad (probablemente patrilineales, como supone Osvaldo Silva), aparecía un cacique que no gozaba de autoridad irrestricta (32). Solía suceder que la suya, a menudo, topaba con la autoridad que otras unidades de parentesco reconocían como propia. Pese a ello, a lo largo del siglo XVIII, afianzaron varios jefes regionales “fuertes” o caciques máximos que se hicieron obedecer por un apreciable número de parcialidades conquistando el respeto, y aun el temor, de muchos mandatarios ibéricos. Sin embargo, el cacique pehuenche, por lo común, constituyó una figura política discreta; tanto es así, que varios de ellos ni siquiera llegaron a ser consignados en la estadística de 1796 (33 ).

En definitiva, y teniendo presente que una considerable fracción de la población pehuenche tardía quedó al margen de las estimaciones, no parece aventurado presumir que ésta pudo bordear las 15.000 almas, antes más que menos, al decaer la dominación peninsular. Sin embargo, los padrones aborígenes se muestran los bastante mezquinos como para que, afincándonos en sus datos, logremos vislumbrar, en toda su riqueza intrínseca, la conformación demográfica de las entidades serranas. Esto es particularmente cierto en el caso de los contrastes demográficos que las matrículas de indios traslucen. Desconocemos, hasta qué punto la desproporción numérica de los sexos refleja una disparidad real o es meramente la expresión de yerros estadísticos tributarios de la premura, la negligencia o la simple ignorancia de los hombres que tuvieron a su cargo la elaboración de los registros censales.

De encontrarnos frente a la primera de ambas posibilidades, casi es de rigor preguntarse por el porvenir demográfico de una entidad étnica afectada por un desequilibrio de esta naturaleza, el cual, alguna traducción debió tener en los dominios de la natalidad, del crecimiento vegetativo y otros semejantes. A la luz de los antecedentes actuales, cualquier apreciación que sobre este particular pueda venirse deberá, al menos por ahora, someterse al beneficio de la duda.

Como quiera que haya sido, una población pehuenche hondamente aculturada y, en cierta medida, vitalizada por el aporte biológico de la etnia más pujante de los llanos —la araucana— mantenía, al declinar el orden colonial, su viejo arraigo al espacio andino. A diferencia de puelches y chiquillanes que tienden a desdibujarse o a disolverse étnicamente, los pehuenches de la primera centuria republicana lograron persistir, pero al precio de tolerar nuevas modificaciones de su textura cultural y de las formas sociales tradicionales.

## ANEXO

“Resumen de los indios de los cuatro Butalmapus calculado por las observaciones del Lengua General, Capitán de Amigos Don Pedro Nolasco del Río y otros sujetos de inteligencia con una breve relación o notas relativas a su quietud. Ángeles, Noviembre 20 de 1796”.

Aillarehues	Nº de caciques	Indios grandes		Adultos		Párvulos		Totales		Parcialidad	Leguas hasta dicha plaza
		hombres	mujeres	hombres	mujeres	hombres	mujeres				
Villacura	2	140	283	92	176	69	150	913	(912)	3	5
Rucalgüe	3	130	228	68	134	61	119	754	(743)	4	4
DeyS-	3	124	255	86	153	88	157	867	(866)	4	16
Chanco	3	157	276	82	178	70	158	928	(924)	4	24
Cura	3	245	483	130	253	139	188	1.482	(1.441)	4	34
Guambali	4	366	692	181	342	174	262	1.820	(2.021)	5	39
Caibuyau mal	0	160	298	100	206	99	180	1.044	(1.043)	1	39
Neuquen	1	210	470	159	290	124	208	1.453	(1.462)	2	39
Dagüegüe	0	100	198	50	103	48	90	596	(589)	1	39
Pino	0	50	98	36	68	28	40	331	(320)	1	39
-	19	1.682	3.152	986	1.903	880	1.558	10.188	-	-	-
-	-	-	(3.281)	(984)	--	(900)	(1.552)	-	-	-	-

1º. El Ayllarehues i reduccion de Villacura esta situada a la parte occidental del fuerte de su nombre.

2º. El de Rucalgüe esta a la otra parte del Biobío al frente de Santa Bárbara, siguiendo por dicho río arriba hasta la Cordillera Nevada.

3º. Los Ayllarehues de Deymo, Chanco, Cura i Guanbali con las parcialidades que comprehenden habitan al sur del Biobío en los valles y faldas de la Cordillera real de los Andes a la distancia de la frontera que se indica arriba.

4º. Los Ayllarehue de Caybuyaumalal, Neuquen, Dagüegüe i Pino con las parcialidades dependientes habitan en las vegas Orientales de la otra parte de la Cordillera real de los Andes al frente poco mas o menos de la plaza de Tucapel i fuerte de Antuco en distancia de este, treinta leguas poco mas o menos que tendrá de estension el tránsito de la Cordillera hasta caer a las vegas que habitan.

5º. De dichas parcialidades caminando al Norte, siempre por las caidas orientales de la Cordillera se hallan al frente de Curicó poco mas o menos varias parcialidades que hacen un Ayllarehue de los caciques Aucal i Pituntul compondran poco mas de 200 individuos de Lanza; i aunque hoi se hallan enemistados con los Rayguan, Inaiman o son todos unos, i forman siempre un cuerpo.

6º. Caminando siempre por las faldas Orientales de la Cordillera al Sud, siempre cerca de Chiloé, hai diferentes naciones de Indios que se conocen con el nombre Guilliches, los que se estienden a las pampas de Buenos-Ayres, poblados tambien a la costa patagónica, i en el paraje de Mamilmapu de estas jentes solo se tiene noticia de algunas parcialidades que son Aychol, Alomini, Guachuyen, Peguenmávida, Rucachoroy i Muilef; i se conjetura segun el juicio de lengua jeneral i otros intelijentes que hai un cuerpo grueso de habitantes, pues solo Naupayante que vive en frente de Osorno tienen mas de 600 indios de lanza todos estos Guilliches tienen correspondencia amistosa con los bultulmapus del llano, Angol i Costa, i los mas años salen unidos a robar animales en las pampas i muchas veces a los caminantes i establecimientos españoles.

7º. Los Ayllareues de Peguenches que espresa la nota tercera, no forman cuerpos con los demas de esta nacion que allí se indican i sí con los Butalmapus de llanos i Angol a cuya inmediasion se hallan situados en los valles i tal occidentales de la Cordillera.

Resumen jeneral que comprende los 4 bulatmapus, el N° de personas de ambos sexos que hay en 39 ayllarehues o gobiernos de los 4, i las parcialidades o reducciones de cada uno de ellos.

Butalmapus	N° de caciques	Indios grandes		Adultos		Párvulos		Totales		Ayllarehues	Parcialidades
		Hombres	Mujeres	Hombres	Mujeres	Hombres	Mujeres				
Costa	109	8.357	14.158	3.437	4.370	4.153	5.244	39.828	-	8	106
Angól	50	3.244	6.097	2.077	3.443	1.949	3.817	20.678	(20.677)	10	51
Llanos	42	3.556	6.224	2.605	5.577	2.225	4.380	24.610	(24.609)	11	43
Pehuenches	28	1.682	3.152	984	1.903	880	1.558	10.188	(10.321)	10	29
-	(19)	-	3.281	-	-	(900)	1.552	-	-	-	-
-	(229)	16.839	29.631	9.130	15.293	9.207	14.999	95.304	-	39	229
-	(220)	-	(29.760)	-	-	(9.227)	(14.993)	(95.435)	-	-	-

**NOTA:**

Que por las largas y prolijas observaciones de lengua jeneral, i capitanes de amigos en el computo prudencial de los habitantes que encierran los Butalmapus antecedentes resulta un total de 95304 individuos de las edades y sexos que en ellos se espresan creyendose que aun exeda alguna parte mas, por la imposibilidad de un reconocimiento cabal de todos ellos, mayormente cuando esta diijencia se ha practicado por varios años con toda reserva para formar una cantidad.

## ABREVIATURAS UTILIZADAS

**CG:** Capitanía General (Archivo Nacional).

**FMV:** Fondo Morla Vicuña (Archivo Nacional).

**MSM:** Manuscritos Sala Medina.

**RA:** Real Audiencia (Archivo Nacional).

**RCHHG:** Revista Chilena de Historia y Geografía

Las cifras que aparecen entre los paréntesis contiguos a las cantidades originales apuntadas en las tablas, corresponden a la rectificación del resultado de las sumas erróneamente efectuadas.

---

## NOTAS

1. *Cuadernos de Historia* Nº 7. Departamento de Ciencias Históricas, Universidad de Chile. Julio de 1987, páginas 195-207. Reconocimientos especiales a Alberto Medina Rojas, por su aliento infatigable, y a Osvaldo Silva Galdames por los inapreciables consejos y sugerencias con que enriqueció este trabajo.
2. FMV, vol. 21, pieza, 24, 1719: Fol. 249 v. En adelante, Pietas, 1719.
3. Pietas, Noticias sobre las costumbres de los araucanos, en adelante, Pietas 1729. En C. Cay, *Historia Física, y Política de Chile*, en adelante, Gay HFPCCh; Documentos, I, París, 1846: p. 499.
4. Pietas, 1719: Fol. 249 v. 250 r.; Pietas, 1729: p. 499.
5. Pietas, 1719: Fol. 249 v.

6. FMV, vol. 7: Fol. 16v.; CG., vol. 909: Foj. 168 r.; vol. 507: Foj. 115. Ver especialmente Informe de A. O'Higgins, Sobre los modos de mantener en paz a los indios, 13 del X, 1771, en MSM., vol. 274: Fojs. 217-218.
7. Pietas, 1719: Fol. 249 v.
8. FMV, vol. 21, pza. 26: Fol. 262 r. (Ver Anexo). Se trata de una transcripción tomada del original o de una copia del mismo. Es muy probable que la numeración se haya efectuado apoyándose en padrones misionales, censos administrativos anteriores, empadronamientos practicados directamente en terreno en el curso de las diligencias de 1796 y en información indirecta recabada de terceras personas o que suministraron los propios comisionados que construyeron la nómina final. Tanta heterogeneidad respecto a las fuentes explicaría las incongruencias estadísticas de esta matrícula, cuyas conclusiones, dadas las condiciones arriba apuntadas, en ciertos puntos deben acogerse con reserva.
9. Las 3.152 mujeres incluidas entre los "indios grandes" son en verdad 3.281; los "párvulos" hombres, 900 en vez de los 800 que aparecen consignados, en tanto las mujeres del mismo sector resultan ser 1.552 y no 1.558 como está anotado en la parte correspondiente.
10. Estas rectificaciones se refieren sólo a las cifras que constan en el cuadro que resume la población general de los 4 butalmapus indígenas. No contempla, por tanto, los errores que pudieran contener las matrículas correspondientes al contingente específico de cada butalmapu censado, las cuales quedaron al margen del texto.
11. FMV, vol. 21: Fol. 262. Ver Anexo, Nota 5° de la relación.

12. *Ibíd.*
13. FMV, vol. 6. Actas del Parlamento de Tapihue: Fol. 149; Pietas, 1719: Fol. 249 v.
14. Pietas, 1719: Fol. 250 v.
15. *Ibíd.*: Fol. 249 v.
16. RA, vol. 487, pza. I. años 1658-1659.
17. FMV, vol. 24 (1765): Foj. 39.
18. CG. vol. 507 (1786): Foj. 115.
19. FMV, vol. 7: Fol. 16.
20. Gay, HFPCCh, IV: P. 131.
21. CG, vol, 438: Foj. 115.
22. Cf MSM, vol. 332, Auto sobre la misión de Rucalcahue de indios pehuenches, año 1758.
23. Luis de la Cruz, Tratado importante para el conocimiento de los indios Pehuenches según el orden de su vida (1806), *Revista Universitaria*, XXVIII, Santiago, 1953: p. 42. En adelante, De la Cruz, 1806.

24. Comunicación personal. La deducción de Silva se afinsa en una detenida exégesis de los padrones peruanos construidos en diversas épocas, particularmente, el valor semántico de sus nomenclaturas. Agradecemos al profesor Silva el habernos hecho reparar en tales aspectos.
25. De la Cruz, 1806: pp. 51-54; Manuel de Amat y Junient, Historia geográfica e hidrográfica con derrotero general correlativo al plan del Reyno de Chile, 1760, Rey. Ch.H.G., LII: 371.
26. FMV, vol. 9: Fols. 284, 285, 287, 289, 291, 294; vol. 24: Foj. 22-24. MM, vol. 196; vol. 332: Foj. 508-509; CG, vol. 594. Luis de la Cruz, 1806: p. 41.
27. En este punto, Sergio Villalobos se inclina por la cautela (Comunicación personal). Y, en efecto, la distancia matemática que media entre varones y mujeres es de tal magnitud que induce a preguntarse si dichos contrastes demográficos son más el efecto visible de desafueros estadísticos, que la rigurosa traducción de un desajuste real. Compartimos esa prudencia.
28. Las propias deficiencias del censo que marginó del recuento a numerosas unidades pehuenches de ambos lados del bastión andino en una magnitud que nos resulta desconocida, pero que debió ser alta, vuelve ilusoria la aparente fuerza que esos números poseen en el papel. Su eventual inclusión en el registro podría modificar sustancialmente la correlación y las estimaciones, inclinando el fiel de la balanza hacia cualquiera de las dos bandas cordilleranas.
29. CG, vol. 438: Foj. 15; vol. 505: Foj. 1786; vol. 909: 167 v., 168 r.; Pietas, 1719: 249 v.
30. Ibid.

31. Sobre este particular es muy edificante la siguiente nota de Villalobos: “La organización más o menos compleja que señalan algunos etnólogos que incluye *cavies*, *rehues*, *aillarehues* y *butalmapus*, parece irreal. Tales designaciones, tomadas de las crónicas, debieron obedecer a la predisposición de los castellanos de encontrar una organización coherente. Es probable que la alianza entre algunos rehues para resistir a los invasores diese pie para pensar en organizaciones mayores”. En *Historia del Pueblo Chileno*, T. I, Santiago, 1980: p. 75.
32. Comunicación personal.
33. 3 aillarehues no figuran con caciques en el cuadro. En la tabla resumen de la población general de los 4 butalmapu aborígenes, se apuntaron 9 caciques más de los contabilizados en la matrícula relativa a los 10 aillarehues pehuenches que arrojó sólo 19 cabezas. Probablemente, se trata de un error de copia, el que ha sido debidamente corregido por nosotros. Sacaremos provecho, por otra parte, del espacio que nos brinda esta nota final, para exponer en cifras el promedio de población de cada parcialidad, procedimiento que nos otorga una visión más precisa de las divergencias demográficas predominantes en este contexto, de las que se habló más arriba. El cuadro resultante indica: Villacura = 304 habitantes; Rucalgüe = 185; Deymo = 216; Chanco = 231; Cura = 360; Guambali = 404; Caibuyaumal = 1.043; Neuquén = 731; Dagüegüe = 589; Pino = 320.